

tas disposiciones, deseaban la mayor parte les redujesen los moros á la esclavitud, pues no se descubrian plantas ni animal que pudiese servir de alimento como no fuesen langostas, cuya carne produce fuertes cólicos si se come cruda. La tercera noche se pasó como la precedente, interrumpiendo tan solo el solemne silencio que les rodeaba, los silbidos de las serpientes, único rumor que turbaba los sueños seductores de aquellos desgraciados, tendidos en la arena y disfrutando del letargo de la fiebre. A las dos de la mañana se pusieron de nuevo en marcha. Este dia fué uno de los mas crueles que pasaron en el desierto, la muger de un cabo se dejó caer en el suelo y declaró no poder andar mas..... Su marido desesperado trató de reanimar su valor con amenazas: «¡Hiere, dijo, así cesaré de padecer!» Con mil trabajos consiguió trasladarla hasta una charca de agua salada, en cuyo sitio tuvo el desconsuelo de verla espirar. La narracion de este episodio no cuenta que fuese enterrada, pero si que en aquel mismo lugar pasaron la tercera noche, en la que no les dejó conciliar el sueño el graznido de las aves, la agitacion de los reptiles y los rugidos de los leones. El 10 la mitad de los que componian la caravana no pudieron incorporarse: grandes hinchazones y agudísimos dolores paralizaban el uso de sus miembros, lo que hacia que pidiesen por gracia que les fusilasen. El calor del sol les reanimó algun tanto, y durante la noche siguiente, que fué la undécima que pasaron en el desierto, acometió á todos el delirio, y se hablaban por señas en atencion á que su lengua desecada no les permitia articular palabra alguna: uno de ellos imaginó hacerse cortaduras en las yemas de los dedos para chupar la sangre, ejemplo que imitaron muchos; pero este recurso no impidió que sucumbieran algunos durante esta noche misma. El 11 hácia las dos de la mañana acababa Petit de ponerse en marcha con los que componian la vanguardia, cuando descubrieron unas cabañas, de donde al percibirlos, salieron corriendo hasta unos cuarenta moros blandiendo puñales: estos bár-

baros cogieron á los que iban con Petit; pero éste consiguió escapar é incorporarse al resto de la caravana. Propuso al punto se aprestaran á defenderse, pero una voz gritó: «¿Para qué? los moros nos darán de beber:» caminaron hácia donde se hallaban aquellos, los que se arrojaron sobre los pobres náufragos como aves de rapiña; en un abrir y cerrar de ojos les despojaron de sus vestidos, espoliacion á que se prestaban ellos mismos, suplicando les diesen un poco de agua; por fin les condujeron orilla de un pozo, que les suministró una agua amarga y cubierta de mugre, que rechazó el estómago debilitado de aquellos hombres. El gefe de los salvages tomó de la mano á Petit y le sentó á su lado. En seguida procuró informarse del pais de los náufragos, á dónde iban y de dónde venian, cómo habian llegado á la costa; lo que contenia su barco y lo que habia sido de él. Interin este interrogatorio, se distribuyeron las mugeres el botin, y los hombres bailaban y gritaban en muestra de alegría.

Este gefe consintió en conducir los náufragos al Senegal, á condicion de que se les darian telas de Guinea, pólvora, fusiles y tabaco. Les hizo distribuir un poco de pescado y dió la señal de partida.

El 12, al cabo de algunas horas de marcha, encontraron una segunda banda de moros mas numerosa que la que les habia apresado: esta quiso resistir pero fué derrotada, y su gefe con la barba y los cabellos cortados. Hamel era el nombre del vencedor, que dijo en mal inglés, ser príncipe de los pescadores: llegaron cerca de anochecer á un sitio en que habia algunos chozos, y mugeres y niños guardando ganado: les dieron por toda bebida un poco de agua amarga y fangosa, y por alimento langostas crudas y algunas raices filamentosas. Obligaron á los cautivos á arrancar raices, cargar y descargar camellos y curar á las bestias. Cuando el sueño, mas poderoso que sus padecimientos, conseguia cerrar sus párpados, se distraian las mugeres y niños del aduar en pincharles hasta hacerles

brotar sangre; en arrancarles los cabellos de la barba, y en echar arenas en sus llagas, deleitándose mucho con sus quejas y gemidos.

El dia 16 les dieron los moros mejor alimento y bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció aun mas de lo que pidieron y al punto nos pusimos marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente; reconocieron el pabellon francés lo que hizo palpar su corazon de alegría y esperanza; pero desapareció á poco: era el Argos que buscaba los náufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacian, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la balsa, puesto que por haber continuado en su derrotero los halló á punto ya de espirar.

Por fin el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los náufragos, para distribuirles los víveres que traia consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo devoraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbara comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, alguno hasta con la vida, su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua, los náufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo

aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la caravana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La caravana llegó por fin el 23 de julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres; tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

VI.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es bajo ningun punto de vista un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viage.

Acceptados sus servicios por la Sociedad de Lóndres de des-

cubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional de Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistian en recorrer el curso del rio Niger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso y sus dos compañeros de viage le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos, y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisania á orillas del Gambia, se ofrecieron á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viage bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viage comenzó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza al reino de Budon.

Aqui llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de orden del rey se dirigian en busca del hombre blanco, diez hombres á caballo.

En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada uno un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequeñuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del pais, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; ademas traian orden de trasladarme á Maana, residencia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta orden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó á parte y me dijo que estando para declararse la guerra entre su pais y el que pisaban, le perdía sin remedio pues iban á apoderarse de su pequeño equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel excelente hombre llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentía en marchar con él á menos que se dejase libre al herrero, proposición que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia de hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseía.

Por último, instados en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del pais, tomaron cinco draemas de oro y registraron mi equipage y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los extranjeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones; yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informarian al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anochecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseíamos. Pareció muy comovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfónsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tio para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la intecua conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tio.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debiamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo asi que pusimos pie en tierra, que estábamos en los estados de su tio y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido victima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia;

pero cuando fui á anunciarle que me disponia á partir, me advirti6 con muchos rodeos de que no podia alejarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viageros. Conociendo que seria locura resistir, le dí lo que me pareció, y como creyera que aun era poco se apoder6 de mi equipage y se despach6 á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joembo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Ali, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme víctima de su barbarie.

Lleváronme á la presencia de Fátima, esposa de Ali, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Ali se apiñaban en derredor mio para examinarme, sin cansarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que le estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Ali que me diesen de comer, y para el efecto condujeron un cerdo salvage con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; asi que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatia marcada hácia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad acometi6 á todos indistintamente como era natural.

Ali me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridículo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté trató de huir, pero tropezó con mi fiel herrero y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasión que Ali no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de marzo fuí insultado y maltratado como la víspera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia cuanto me mandaban y soportaba los ultrages con ademan tranquilo.

Los moros, aunque de suyo perezosos, hacen trabajar rigurosamente á cuantos les están sometidos, por lo que enviaron á mi negro Demba á coger yerba para los caballos de Ali, y á mí al tratar de darme una ocupacion escogieron la de barbero. Al efecto me fué confiado rasurar la cabeza del jóven príncipe de Ludamar. Yo no sé si por torpeza ó por la mala forma de la navaja, hube de hacerle una cortadura, y en su virtud se me juzgó inhábil para el oficio. Miré este caso de buen prelude, pues cuanto mas inútil me consideraran, mas pronto me dejarían en libertad. Con diversos pretextos se apoderó Ali de cuanto me pertenecia, no quedándome mas que una brújula que habia enterrado la noche anterior y la ropa que tenia puesta. Otra brújula que tenia fué á parar á su poder, y me preguntó por qué aquel pedazo de hierro como él le llamaba, se dirigia siempre del lado del desierto: yo le contesté que interin mi madre viviese se inclinaria á la parte en que se hallaba, y que cuando muriese se volveria hácia su tumba. Ali admirado de aquel instrumento me lo volvió diciendo que no queria guardar un objeto mágico.

El 20 de marzo vino á mí un hijo de Ali, y me informó

con mucho interes de que su tio habia aconsejado á su padre que me sacasen los ojos porque parecian los de un gato; yo inquieto, pedi al momento permiso para seguir mi viage, lo cual, junto con mi caballo, se me daria despues que me hubiesen visto las mugeres de Ali.

Con este objeto me invitó Ali á ir á caballo en su compañía; pero al hacerlo, se suscitó una dificultad no pequeña, y era que mis pantalones de nankin les parecian demasiado estrechos para ser decentes. Ali mandó que me pusiera un sobre todo que habia llevado siempre conmigo.

Un mes entero habia trascurrido desde mi aparicion en el campo de los moros; Johnson y Demba participaban de los males y miseria que yo les habia atraido. El mas leve de nuestros padecimientos era la dieta. Estábamos por la época del Ramadan, y como los moros guardan religiosamente el ayuno, nos le hacian tambien guardar á nosotros.

Traté de aprender á escribir el árabe, y con los caracteres que trazaba en la arena, entretenia á mis visitantes consiguiendo de este modo que no me mortificasen.

Como Fátima no viniese, determinó Ali ir en persona á buscarla, y durante su ausencia fué nuestra situacion mucho mas penosa, porque llegaron á trascurrir dos dias sin traernos nuestra escasa racion. Johnson y Demba estaban sumamente abatidos á causa de la debilidad, y yo conoia que se me turbaba hasta la vista. Esperábamos con ansia el regreso de Ali y Fátima, á pesar de sus malos tratamientos.

Durante la ausencia del rey se suscitó una discusion con Mansoug, rey de Bambara, de resultas de la que se declararon la guerra, y en su consecuencia ordenó el hijo de Ali retirar los ganados y levantar las tiendas para partir al dia siguiente al amanecer á reunirse con su padre.

A nuestra llegada me dirigí á saludar á Ali al que hallé con Fátima, la cual me acogió con admiracion dándome á beber una taza de leche; por medio de mi intérprete que hablaba el

árabe y la mandinga, me hizo muchas preguntas acerca del país de los cristianos. Alí mismo me recibió mejor que de costumbre, lo cual se esplicaba por la utilidad que le podia reportar peleando.

El calor era estremado; el país arenoso y árido; los ganados hambrientos se disputaban algun poco de yerba marchita y combatian por acercarse á los abrevaderos; el exceso de sed ponía muchos toros en estado de furia.

Esta escasez de agua abrumaba á todos; pero á nadie tanto como á mí, que pasaba el suplicio de Tántalo; por la noche, la imaginacion me trasladaba al lado de los rios y arroyuelos de mi patria; me parecia pasear por sus orillas amenas; me echaba á beber y entonces huía el agua de mis lábios y despertaba. Cuando Demba se acercaba á los pozos para estraerla, le rechazaban los moros á palos.

Estábamos á fin de mayo, y presentia que no debía tardar en cambiar mi suerte; los acontecimientos que sobrevinieron obraron en mi favor antes de lo que yo habia previsto. Viendo algunos tráfugas de Kaartas que los moros se disponian á abandonarlos, y temiendo el resentimiento del rey de Aisy, de quien habian desertado, propusieron ir con doscientos caballos moros al encuentro de este rey, y yo aproveché esta ocasion para pedir á Fátima y á Alí el favor de acompañarlos, lo que me fué concedido con dulzura. Partí con el hijo de Alí á Sarra, para lo cual me restituyeron una parte de mis efectos y el caballo con todos sus arneses.

El 26 de mayo abandoné de madrugada á Rubequer, donde estaba el nuevo campo de Alí, acompañado de Johnson, Demba, y muchos moros á caballo.

El 28 de mayo al montar á caballo, detuvieron á Demba, para que volviera al campo de Alí, porque decian le pertenecia; acompañéle yo hasta la presencia del tirano, y por mas razones y súplicas que interpuse, me ví precisado á trueque de ser sacrificados ambos, á abandonarle, no sin que se mezclasen.

nuestras lágrimas y sin ofrecerle hacer cuanto dependiera de mi por rescatarle.

El 4.º de junio nos pusimos de nuevo en marcha; nuestra tropa se componia de doscientos hombres á caballo, porque los moros no hacen nunca la guerra á pie.

En Sarra decidí librarme de aquella peligrosa escolta, y á tiempo que los habitantes evacuaban el pueblo á causa de la aproximacion del ejército de Aisy me retiré con ellos. Al dia siguiente hacia pastar mi caballo en los campos cercanos á Queira cuando el primer esclavo Ali con otros cuatro moros, se apearon en casa del duty. Desconfiando Johnson del motivo de la visita, encargó á dos muchachos escuchasen la conversacion, adquiriendo asi la certidumbre de que venian en busca nuestra. Decidí partir á Bambara, pero Johnson declaró que no me podia seguir, porque le habian propuesto ayudar á conducir una caravana á orillas de Gambia, ocasion que aprovechaba para regresar al lado de su muger y familia. Me determiné á partir solo, y arreglé mi equipage, el que la rapacidad de los moros habia reducido á dos camisas, dos pares de pantalones, dos pañuelos, un levitin, un sombrero y un sobretodo.

Al rayar el alba burlamos la vigilancia de los moros, y escapamos, y nos despedimos recomendándole yo mucho los papeles que le entregué para mis amigos.

A poco mas de una legua me ví perseguido por tres moros que venian sobre mí al galope apuntándome con sus fusiles. Aquellos moros eran ladrones, que registraron mi equipage, en el que no hallaron nada que les conviniera mas que mi sobretodo, que me servia para guarecerme de la lluvia.

Procuré internarme en el desierto dirigiendo mi rumbo, segun la brújula, hácia el Este-sud-este, con intento de llegar lo mas pronto posible á cualquier ciudad del reino de Bambara. Mi situacion era deplorable, porque carecia de medios para comprar víveres, y no tenia seguridad de encontrar agua.

Hallé una manada de cabras, guardadas por dos moros

muy súbditos de Alí, los cuales faltos tambien de agua, se dirigian á toda prisa á Dena, donde solia haberla. No me quedaba mas partido que seguir mi camino con la esperanza de tener mas fortuna que los pastores. La sed que padecia era insoportable.

Por todas partes no veia mas que un arenal uniforme sembrado de arbustos; mi caballo apenas tenia fuerzas para comer de las matas, y yo vine al suelo completamente desvanecido. Cuando volví en mi acuerdo, el sol detrás de los árboles se ocultaba; procuré recoger toda mi energía debida mas á la frescura de la noche que á mis propios ánimos; hice marchar delante de mí al caballo, y decidí caminar á pié en busca de agua, tanto como fuera posible. Cosa de una hora llevaria de marcha, cuando observé que hacia el Nordeste empezaba á relampaguear, lo cual reanimó mi esperanza porque me prometia tener agua de la que arrojase las nubes. En efecto, conseguí aliviar la sed, estendiendo una de mis camisas en la arena, dejándola empapar de agua, torciéndola y chupándola [después. A la luz de los relámpagos observaba la brújula á favor de la cual enderezaba mi camino; pero á media noche empezaron á ser menos frecuentes, y ya tuve que dirigirme á tientas con grave riesgo de mis manos y mis ojos. Hacia las dos de la mañana se detuvo mi caballo, y queriendo investigar la causa, reparé en torno mio y divisé entre los árboles algunos resplandores poco perceptibles y cercanos. Temia caer en poder de los moros; y así traté de ver si podia sin peligro descubrir indicio de la gente que allí se abrigaba. El afán de calmar la sed, me hizo llegar á un pozo demasiado próximo á una de las tiendas, y habiéndome divisado una muger, comenzó á dar gritos. Dos hombres que salieron pasaron tan cerca de mí, que me creí descubierto; pero afortunadamente iban corriendo, y dejáronme la ocasion de internarme en los bosques.

Una milla mas allá, encontré unas charcas hácia las cuales me encaminó el rumor del canto de un sin número de ranas

que habia en ellas. Apagada la sed mia y de mi caballo, subí á un árbol por descubrir campo y divisé la columna de humo que despedian las tiendas junto de las que habia pasado aquella noche, y mas allá doce ó catorce millas hácia el Este-sudeste, otra que indicaba tambien ser recinto de habitaciones. Dirigiéndome hácia este lado, entré por campos bien cultivados en los que se veian multitud de negros ocupados en sembrar maiz. Informándome del nombre de la poblacion inmediata supe que se llamaba Schrilla, y que sus habitantes eran negros fulahs súbditos de Ali.

Este nombre me detuvo un momento; pero como mi caballo estaba estenuado y me atormentaba el hambre demasiado, decidí aventurarlo todo llegando á la casa del duty, donde no quisieron recibirme. Me alejaba tristemente de la poblacion, cuando reparé en algunas chozas diseminadas que habia fuera de su recinto, y acordándome que en Africa como en Europa la caridad no habita muchas veces en las casas opulentas, me dirigí á aquellas pobres habitaciones y dí á entender por señas á una muger anciana que hilaba algodón, que moria de hambre. Dióme al punto un plato de alcuzcuz y un poco de maiz para mi caballo, regalándola yo en cambio uno de mis pañuelo de bolsillo.

En tanto que comia mi caballo, comenzaron á rodearme una porcion de gentes que, no dudé tratasen de mí; y temiendo supieran mi fuga del campo de Ali y que tal vez intentasen conducirme á él, recogí el maiz que me habia proporcionado la pobre muger y tomé el camino del Norte, á fin de que no pensasen escusaba dirigirme al campo de aquel rey.

Cuando estaba dos millas de distancia, lejos de las miradas de gran número de habitantes que me habian seguido, me interné en los bosques, donde pude hacer un descanso.

El 4 de julio todavía seguia caminando de bosque en bosque; y hasta el 20 del mismo mes, no llegué á las cercanias de la ciudad de Sego, donde se cumplia el objeto de mi mi-